

PERSONAS:

D. JUAN.	ISABEL.
D. FELIX.	UN ESCUDERO
D. PEDRO.	DOS PAJES.
UN DOCTOR.	UN MORO.
INÉS.	

La acción pasa en Chinchón y en una sala de la casa de D. Pedro, donde se verán colgados unos cuadros muy antiguos, cornucopias &c.: los muebles serán igualmente los más viejos que se encuentren.



ACTO UNICO.

ESCENA I.

D. JUAN, D. FELIX É ISABEL.

D. JUAN.

Confieso tenéis razón:
es singular su manía.

D. FELIX.

No nos habla en todo el día
sino de la perfección
de las costumbres de antaño,
exagera su bondad,
pondera su gravedad;
y en proceder tan extraño,
nada es bueno, nada deja

su voluntad satisfecha
sin cuatro siglos de fecha.

D. JUAN.

Siempre á los viejos aqueja
semejante enfermedad,
y como su edad pasó
no hay uno solo que no
eche de menos su edad.

D. FELIX.

Fácilmente se concibe
la razón, que á los sesenta
nada presente alimenta
y de recuerdos se vive.
Con todo, mi amado tío
se excede más que cualquiera,
y lo que en otro es chochera,
en él pasa á desvarío.
No hace mucho que le ví
con un ochavo en la mano
(al parecer segoviano)
y entusiasmado le oí,
que entre dientes repetía
qué delicado perfil!
qué limpiezal qué burill
no se graba así en el dñal

ISABEL.

Pues cuando anoche mondaba
en la cena, cierto pero
de Ronda que (no exagero)

sus cuatro libras pesaba,
me dijo, mira, Isabel,
todo cambia y degenera,
y si yo nacido hubiera,
cuando Don Pedro el Cruel,
te aseguro sin afán
que este pero que has traído,
por lo chico, hubiera sido
una pera de San Juan.

D. JUAN.

De buena gana me río.

D. FELIX.

Nosotros no, porque al cabo
todo el mundo aquí es esclavo
del capricho de mi tío;
y si aquesto no influyera
en su genio y condición,
pudiéramos con razón
pasarle tanta quimera;
mas, por la Virgen, señor,
si no se puede sufrir.

ISABEL.

No sabe sino reñir.

D. FELIX.

Siempre está de mal humor:
cuanto hacemos le disgusta,
y cuanto hablamos le enfada;
si callamos no le agrada,
si reimos no le gusta.

Con el sol nos levantamos,
nos acostamos de día,
comemos al medio día
y entre cinco y seis cenamos.
Nunca podemos leer
sino en viejos cronicones
con más roña que renglones,
con más polvo que saber.
Y el mísero que se atreve
y sus órdenes resiste,
á vestir como se viste
en el siglo diecinueve,
desde luego le declara
por hombre de poca pró,
pues de gregüescos no usó,
como Don Sancho de Lara.

D. JUAN.
¿Y él los usa?

No por cierto;
viste como le acomoda,
y no aborrece la moda
sino en nosotros.

ISABEL.

Un tuerto
le dijo cuando enseñó
á cazar á cierto amigo,
apunta como te digo,
y no como apunto yo.

D. FELIX.

Llega á tanto su locura,

que aunque él mismo determina
mi boda con su sobrina,
retarda nuestra ventura;
porque afirma que no ve
en nosotros cierto fuego
que asegure su sosiego,
que nos falta aún no se qué,
que los Wambas y Mencías
amaban de otra manera:
en fin, espera que espera,
y pasan días y días,
y no nos casa.

ISABEL.

Caramba!
con tal necesidad me irrito;
quiere acaso el señorito
sino lo que quiso Wamba?

D. FELIX.

Nuestro mismo descontento
por eso sin duda, ha sido
el que nos ha sugerido
un extraño pensamiento;
el proyecto de que ya
os hablamos hace poco.

ISABEL.

Quizá de este modo, un loco
con locuras curará.

D. JUAN.

Y no receláis su enfado?

D. FELIX.

Claro es que se enojará;
pero....

ISABEL.

Pero luego hará
lo que hace todo enojado
cuando no tiene razón.

D. JUAN.

Nos lo quieres explicar?

ISABEL.

Darse prisa á perdonar
para no pedir perdón.

D. FELIX.

Además, qué otro recurso
nos queda?

ISABEL.

Yo no lo atino.

D. JUAN.

El proyecto es peregrino
por cierto; mas tal concurso
de circunstancias requiere
para realizarse, que
á decir verdad, no se
si ustedes podrán.....

ISABEL.

Quien quiere
puede.

D. JUAN.

No siempre.

D. FELIX.

Es verdad:
mas todo está ya previsto,
todo prevenido y listo
en tanta dificultad.

ISABEL.

Diez cómicos de la legua
nos ayudan.

D. JUAN.

Buen acaso.

D. FELIX.

En el pueblo están de paso
y.....

ISABEL.

Como pasó la siega
se vuelven donde estaban.

D. FELIX.

Y al punto les embargué.

D. JUAN.

Muy bien hecho.

D. FELIX.

Así logré
los trajes que me faltaban.

ISABEL.

También ellos representan
sus papeles.

D. JUAN.

Bien lo creo.

ISABEL.

Y es tanto ya mi deseo
de que empiecen y diviertan,
que reniego de la suerte
al mirar lo que se tarda.

D. JUAN.

Pero en fin, á qué se aguarda?

ISABEL.

A que Don Pedro despierte.

D. JUAN.

Pues duerme?

ISABEL.

La eterna siesta
de tres horas.

D. FELIX.

Tiempo sobrado
y que hemos aprovechado
para disponer la fiesta.
Con dos tapices no más
que el sacristán nos prestó
mirad como se adornó
el cuarto; mirad además
el menaje patriarcal
que hallamos, aunque sin copia,
y la noble cornucopia,
y el venerable sitial.

Habrá también escuderos
que sirvan, dueñas que lloren,
y doncellitas que imploren
contra sandios caballeros.
Habrá, pues tan miserable
este siglo le parece,
todo lo que el siglo trece
tenía de más amable;
y verá en su frenesí
entonces lo que es mejor.

D. PEDRO.

Isabel! Félix! *(desde adentro)*

ISABEL

[á D. Félix] Señor,
que es el amo.

D. FELIX.

Llamó?

ISABEL.

Sí,

D. FELIX.

Pues silencio, y cada cual
ocupe el debido puesto.

D. PEDRO.

Isabel! *(id.)*

D. FELIX.

(á Isabel.) Apagar presto
la luz.

D. JUAN.
y vámonos.

D. FELIX
(á Isabel.) Sal
con cuidado, y no tropieces.

ISABEL.
Ay Cristo del buen consejo!
ampáranos, ó este viejo
nos ha de dar para nueces.

ESCENA II.

D. PEDRO.
*Sale á tientas por la puerta del foro que se
figura es la de su alcoba.*

D. PEDRO.
¿Isabel? ¿Felix? ¿Lucía?
¡Todo el mundo ha ensordecido
en esta casa...! ¿Muchacha?
Sí, á la otra puerta... ¿sobrino?
¡Nadie me responde! ¡Nadie!
¡Y como habré yo dormido
tanta siesta! Ya es de noche
cerrada, cuando á las cinco
debieron llamarme...! Vaya
que me gusta tal descuido.
(tropieza con una silla)

Ola, luces?... Santa Tecla,
que me he deshecho un tobillo.
Siempre han de dejar por medio
las sillas...! Pero Perico
esto no es silla...! Pues qué
será? yo no lo adivino.
Vamos, si hubiere en el mundo
hombre que este peor servido
que yo... ¡maldita canalla!
todos, todos son lo mismo.
Bien haya aquellos criados
de bigote retorcido,
con su perilla en la barba
y su tizona en el cinto
aquellos sí que servían
los pensamientos...! Afirмо
que diera lo que no tengo
por un escudero.

ESCENA III.

ESCUADERO *y dicho*

ESCUADERO.

Hizo (claro)
Vuesa merced luenga siesta?

D. PEDRO.

¡Válgame San Agapito!
San Juan, San Cosme, San Diego,
los Mártires de Corinto,

y la Santa translación
del apostólico oficio
á la ciudad de Antioquía!

ESCUADERO.

Non me habla, señor mío;
¿qué pescuda? ¿qué le place?

D. PEDRO.

¿Pero donde estoy? ¿qué sitio *(aparte)*
es este?

ESCUADERO.

¿A quién demandaba?

D. PEDRO.

¡Qué tapices tan antiguos! *(aparte)*
¡qué muebles! Vaya, no hay duña,
ó me vine sin sentirlo
á las ferias de Madrid,
ó estoy todavía dormido
y me aflige pesadilla.

ESCUADERO.

Mas porque vos mortifico
con preguntas é respuestas,
quando de todo colijo
que la fiebre cuartanal
vos acucia.

D. PEDRO.

Un buen pellizco *(aparte)*
me tiraré, por si logro
despertarme.

ESCUADERO.

¿Hubiste frío?
¿Sentiste en la riñonada
punzada ó dolor?

D. PEDRO.

Maldito

seas con tu riñonada,
duende, visión ó vampiro
¿qué me quieres, qué me quieres?

ESCUADERO.

Daros el vuestro vestido.

D. PEDRO.

¿Oste puto, y tiene llamas?

ESCUADERO.

Franjas solo.

D. PEDRO.

¡Qué delirio!
¿pues acaso en el infierno
faltan lacayos?

ESCUADERO

Non digo
tal sandez.

D. PEDRO.

Pues por si acaso,
de parte de Dios te pido
me digas quien eres, y
quién te envía.

ESCUDERO.

Soy Rodrigo
el vuestro buen Escudero,
é de Juan Rodríguez fijo,
é nieto de Gil Rodríguez
el de Iniesta.

D. PEDRO.

¡Ay diablo mío!
eso sí que no; serás,
si es que te empeñas, sobrino
de la misma catedral
de Toledo, no replico
ni me opongo; pero en cuanto
á lo Escudero, te afirmo
que es mentira, porque yo
nunca tuve á mi servicio
gente que oliera á tostón.

ESCUDERO

E así pusiste en olvido
¿mi lealtad? . . . Mas non lo extraño,
ni menos lo maravillo,
pues estáis asaz doliente
é sin seso.

D. PEDRO.

Con que es fijo
que eres mi escudero?

ESCUDERO

SÍ.

D. PEDRO.

Míralo bien.

ESCUDERO.

Ya lo miro.

D. PEDRO.

Pues entonces, quién soy yo?

ESCUDERO.

El muy apuesto é garrido
señor Pero Pérez de Hita,
de abalorio esclarecido,
copero mayor del rey
é su vasallo.

D. PEDRO

Has mentido,
y la culpa tengo yo
de hablar con diablos bebidos.
¡Yo copero! . . . ¡yo abalorio!

ESCUDERO.

Vaya, recobrad el joicio,
no estéis, señor, tan airoso
que al dotor ya he prevenido,
é con su física pronto
vos curará.

D. PEDRO

¡Vive Cristo *(Aparte.)*
que según lo testarudo,
este diablo es vizcaino;
no hay remedio!

ESCUDERO.

En tanto pueden

vuestros pages asistiros,
é quitaros el ropón.

D. PEDRO.

Esta es otra!

ESCUDERO.

Dais permiso?

D. PEDRO.

Si supiera conjurar! [*Aparte.*]
mas á falta de exorcismos
añá van media docena
de cruces... nada... está visto
en no hablándoles latin
se hacen los desentendidos.

ESCUDERO.

Ola, pages: venid pronto!

ESCENA IV.

DOS PAGES y dichos.

PAGES.

Qué nos mandas?

ESCUDERO.

Necesito

unas calzas coloradas,
é gregütescos amarillos,
é coletó, é la ropilla
de belarte berberisco

para engalanar al dueño
á quien atentos servimos.

D. PEDRO.

Para disfrazarle, dirías [*Aparte.*]
mejor

ESCUDERO

Lo habéis entendido?

PAGES.

Todo está á punto. [*Entran y salen.*]

ESCUDERO.

Pues luego
comenzad el vuestro oficio
é nada os detenga

D. PEDRO.

No

por cierto; yo no me visto
de mo jiganga.

ESCUDERO.

Parad

las mientes....

D. PEDRO.

Lo dicho dicho:
ni paro ni reparo.... Oiga,
soy acaso un dominguillo
para que así se diviertan
á mi costa?

ESCUDERO.

Catad....

PEDRO.

Digo
que no quiero.

ESCUDERO.

En este caso
homildemente os intimo,
que por ser la malatía
tan pertinaz.....

D. PEDRO.

Hombre indigno,
qué tiene que ver mi tía
con tus planes fementidos?

ESCUDERO.

E porque perdido el seso
vos acometen vaguidos,
é non vos dejáis servir
de los vuestros, determino
que con todo aquel respeto
que á vuestro alcurña es debido,
vos aten entrambas manos,
é á los pies sugeten grillos,
é vos desnuden, é vistan
mal que vos pese.

D. PEDRO.

No, amigo,
no dejaré yo que llegue
el tal caso.

ESCUDERO.

No hay adbitrio.

D. PEDRO.

Porque antes me rendiré
como un mandria.

ESCUDERO.

Buen aviso!
tomad asiento.

D. PEDRO.

Caramba,
qué blando es el susodicho!

ESCUDERO.

Es de alcornoque.

D. PEDRO.

Lo creo.

ESCUDERO.

E no lo ví tan polido.

D. PEDRO.

Ni yo tan duro.

ESCUDERO.

El abuelo
de vuesa merced lo fizo
facer, quando se tornaba
de los campos de Clavijo.

D. PEDRO.

No hubiera hecho tal, si hubiera
las poltronas conocido.

ESCUADERO.

Llegad, pages, é las calzas
atacadle.

D. PEDRO.

Qué martirio! [Aparte.]

Esto es ligarme las piernas.
Dónde, dónde os habéis ido
comodísimas calcetas,
desahogados calzonillos?
Pero señor, qué es aquesto?
Son visiones? son hechizos?
Si seré yo Pero Pérez
y nunca lo habré sabido
hasta hora?

ESCUADERO.

[á los pages] Los gregüescós.

D. PEDRO.

Mas no soy D. Pedro Risco,
el hidalgo de Chinchón,
y el cosechero más rico
de la villa?

ESCUADERO.

(á D. Pedro) Enderezad.

D. PEDRO.

Con un garrote de pino
en tus costillas.

ESCUADERO.

Fablaís
con nosotros?

D. PEDRO.

No, hijo mío:
rezaba mis oraciones,
como siempre que me visto.

ESCUADERO.

(á los pages) El coeto.

D. PEDRO.

Pero dónde
mis sobrinos se han metido? (Aparte.)
Dónde mis criados? dónde
mi casa?

ESCUADERO.

Ya estáis vestido:
qué nos ordenáis agora?

D. PEDRO.

Más por qué me martirizo? (Aparte.)
con necias cavilaciones?
Puedo acaso resistirlos,
si son diablos? Si es un sueño,
ha de durar medio siglo?

ESCUADERO.

Estáis harto fastidiado:
narrarnos, pues, os suplico
del presente displacer
la causa.

D. PEDRO.

Dieron las cinco?

ESCUADERO.

E las siete también dieron.

D. PEDRO.

Tanto mejor, y me inclino
por eso, á que chocolate
me deis, que no es divertido
quedarse uno sin refresco.

ESCUADERO.

No sé lo que queréis.

D. PEDRO.

Lindo!
qué he de querer! Chocolate
con bizcochos de soplillo,
y....

ESCUADERO.

Pero, ¿qué es chocolate?

D. PEDRO.

Es verdad, que aun no ha nacido
el buen Cristóbal Colón!
Por vida de....

ESCUADERO.

Tenéis hipo?

Queréis yantar?

D. PEDRO.

Ya se ve
que quiero.

ESCUADERO.

Seréis servido
súpitamente.

ESCENA V.

D. PEDRO Y LOS PAGES.

D. PEDRO.

Ello es cierto:
graves males han traido
esas Indias; mas también
nos dan frutos peregrinos:
dígalos si no el cacao,
y la canela, y.... benditos
ingredientes! Sin vosotros
y sin un azucarillo,
qué hubieran, pues, refrescado
el príncipe, el grande, el chico,
el reverendo, el letrado,
la doncella, el....

ESCENA VI.

ESCUADERO Y DICHOS.

ESCUADERO.

Pan y vino
tiene aquí vuesa merced:
yante en buena hora.

D. PEDRO.

Exquisito (Aparte.)
refresco!

ESCUADERO.

E muy buena pró
le faga

D. PEDRO.

¡Qué hermoso vidrio!
Vaya que la tal vasija
puede hacer cualquier servicio
sin que nadie se lo tache,
pues digo, y el panecillo?

ESCUADERO.

Qué! non yanta?

D. PEDRO.

Tengo sólo
sed.

ESCUADERO.

Beba luego.

D. PEDRO.

Es muy tinto.

ESCUADERO.

Quiere agua?

D. PEDRO.

Quiero el demonio
que cargue pronto contigo.

ESCENA VII.

EL DOCTOR y dichos.

DOCTOR.

(al salir) Non descuiden la mi mula,
guárdense de sus descuidos,
cá siempre fué caroñosa,
é cocea.

ESCUADERO.

Ya el Dotor vino.

DOCTOR.

Aristotis é Avicena
nos encargan....

D. PEDRO.

Buen principio; (Aparte.)
y no es malo que al instante
entregan el sobrescrito.

DOCTOR.

O debieron encargarnos
el uso del solomillo
ahumado, en casos de gota;
porque el craso del cochino
humectando los tendones,
ablanda el adolorido
extremo, é.....

D. PEDRO.

Basta, hombre, basta:
excuse usted los desatinos,
pues no tengo otro dolor
que el de haberos conocido.

DOCTOR.

Paso, señor Pero Pérez,
non denueste, que me irrita
é tengo siempre en la mano
la venganza . . .

D. PEDRO.

Eso es muy fijo,
porque con cada receta
saldrá usted de un enemigo.

ESCUADERO.

Señor Dotor, non es gota.

DOCTOR.

Pues qué es?

D. PEDRO.

Si se lo decimos,
de qué le sirve su ciencia
y todos sus aforismos

ESCUADERO.

Le acucia una malatia
en la mente.

DOCTOR.

Bebe vino?

ESCUADERO.

Algún tanto.

DOCTOR.

Más valiera
que lo aforcaran,

D. PEDRO.

Dios mío! (*Aparte.*)
por qué los médicos siempre
han de ser tan compasivos?

DOCTOR.

Beba, pues, del agua clara,
é huya del vino dañino,
cual si fuera de la yerba
ballestera.

ESCUADERO.

Lo he entendido;
é diga, podrá beber
en cuantía?

DOCTOR.

Sí, Rodrigo,
cuanta quiera.

D. PEDRO.

Muchas gracias
por favor tan peregrino.

DOCTOR.

Es aparejado que sea . . .

D. PEDRO.

Tú lo serás, gran pollinol (*Aparte.*)

DOCTOR.

Para que le saquen sangre,
le aliviaremos de cinco
buenas tazas en catorce
vegadas.

D. PEDRO.

Soberbio alivio!
Y después le dispondremos
brevages frigerativos,
é luego....

D. PEDRO.

Y luego me muero
por libertarme, asesino,
de tus drogas y de tí.

ESCUADERO.

Ayl que le crece el delirio!

DOCTOR.

Qué propala este demente?

D. PEDRO.

Reniego de tal estilo
de curar: agua, sangrías,
brevages, friegas, y .. lindos
medicamentos por cierto,
si el enfermo es un novillo.

DOCTOR.

Non es fuerza le medique?

ESCUADERO.

Sosegaos señor mío,

é reparad que este home
es un varón muy sabido,
é doto en la fisicante
parlería.

D. PEDRO.

Sí, pues, mira hijo,
anda y cúrate con él,
que yo no le necesito,
ni pienso necesitarle
para nada.

ESCUADERO.

E á vuestro primo
Garci Manrique de Lara
le curó con mucho tino
cuando finó.

D. PEDRO.

Pues no quiero
que me atine, hay tal capricho!

DOCTOR.

Bien está: ya lo veredes.

D. PEDRO.

No tal: ya lo tengo visto,
y por lo tanto resuelvo
no morirme en este siglo,
ni en otras manos que en las
de un Doctor barbilampiño
que juegue al monte, corteje,

fume, trinque como un suizo
y no sepa más latín
que un cirujano latino.

ESCENA VIII.

D. FELIX *y dichos.*

D. FELIX.

Fugid, noble caballero
de esculapios maleficios,
é pósimas malecinas,
é físicos non leidos.
La negra melancolía
dizque os tiene asaz sombrío;
é si es vero lo que parlan,
é si estáis tan aborrido,
mira, señor, vais errado,
cá las dolencias de espíritu,
non se curan emplastando,
non se aplacan con lentisco,
sino sólo les atañe
torreznos é regocijos.

D. PEDRO.

Tiene razón, por mi vida *(Aparte.)*
este diablo . . . Mas, ¡qué miro!
Jesús, lo que se parece
á D. Felix mi sobrino!

D. FELIX.

E vos, Dotor, en mal hora
andad, cá si ora os lo pido
con asaz cortesanía,
sabré, si osáis resistillo,
de una coz bien asentada
arrojaros de este sitio.

DOCTOR.

Si andaré; mas pronto llegan
con las febres los pepinos,
é os emplazo para entonces.

ESCENA IX.

DICHOS, *menos el Doctor.*

D. PEDRO.

Escudero?

ESCUDERO.

Señor mío.

D. PEDRO.

Gómo se llama este mozo?

ESCUDERO.

Fernand Alvarez Bustillos,
señor de Valdecorneja,
é rico home.

D. PEDRO.

No me admiro;

Gorostiza.—Tomo II.—43